

# EL MARTES 5 ELECCIONES GENERALES EN ESTADOS UNIDOS

**E**l martes próximo, 5 de noviembre, se celebran en los Estados Unidos las elecciones de renovación del Congreso, de la mayoría de los gobernadores y de un enjambre de puestos locales. Durante los últimos vergonzosos y revueltos tiempos de la Presidencia de Nixon, los demócratas pensaban que podrían obtener una victoria histórica: una mayoría de dos tercios en el Congreso, que les permitiría derrotar a voluntad las leyes propuestas por la Presidencia y saltar por encima de los posibles vetos presidenciales a las leyes elaboradas por el Congreso. El saldo de Nixon y la ascensión de Ford puso un cierto orden en la cuestión: Ford apareció con el beneplácito de todo el país, y su partido (republicano) recobró parte del prestigio perdido. Ford se ha desgastado, sin embargo, en el breve ejercicio del poder: el indulto de Nixon mientras los otros encartados en el caso Watergate continuaban en prisión o procesados, las ambiguas medidas acerca de los prófugos y desertores de la guerra de Vietnam, la serie de medidas contra la inflación, han sido objeto de críticas fuertes. La popularidad de Ford ha disminuido seriamente, y también la del partido republicano. Aun así, pocos creen ya que los demócratas conquisten los dos tercios de mayoría en el Congreso. Se mantiene, sin embargo, el pronóstico favorable a ellos: pueden ganar puestos muy numerosos y muy importantes en estas elecciones, y, desde luego, mantener la mayoría en las dos Cámaras, aunque no sea de dos tercios: la sostienen prácticamente desde hace treinta años, con la excepción del 80 Congreso, de 1947-1948, en el que hubo ventaja republicana (246 representantes por 188; 51 senadores por 45), durante la presidencia de Truman y el principio de la guerra fría, y en el 83, de 1953-1954, en el que tuvieron 221 congresistas por 213, y 48 senadores por 46; otra época de derecho, la del senador McCarthy.

El calendario electoral de los Estados Unidos es un poco com-

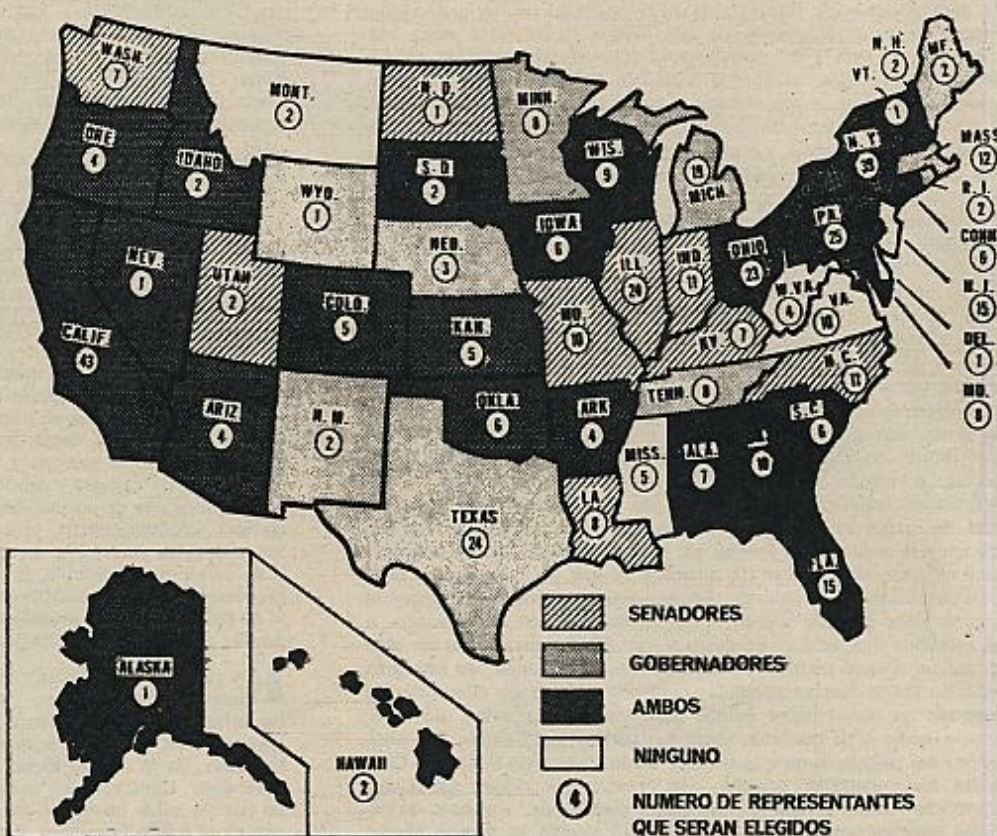
plejo. El Presidente se elige cada cuatro años: los bisieños. La Cámara de Representantes se renueva cada dos años enteramente: una vez, coincidiendo con las elecciones presidenciales; la otra —como es el caso de ahora—, a la mitad del término presidencial. El Senado se renueva por tercios cada dos años, pero cada elegido permanece en su puesto seis años completos; es decir, el tercio de senadores que se elija ahora ocupará su escaño durante seis años, pero dentro de dos se pondrá a elección otro tercio —el de los que en ese momento cumplan seis años en el Senado, aunque ellos

mismos pueden ser reelegidos—, y dentro de cuatro, el último tercio. Los representantes —que han de elegirse ahora— son 435; los elige cada Estado en relación con su población total, repartida en distritos electorales. Hay Estados menores, que tienen seis representantes —la cifra mínima actual—; los hay con mayor densidad de población, que tienen, como Nueva York, 39; como California, 43 (son los dos Estados con mayor número de representantes). En cambio, los senadores no dependen del número de habitantes de su Estado, grande o pequeño; cada Estado envía dos

senadores a Washington. En consecuencia, hay 100 senadores, y el tercio que se renueva ahora es de 34. En cuanto a los gobernadores, obviamente hay uno por Estado; son cincuenta, y de ellos se eligen la semana próxima 35.

De los 435 representantes que salen ahora, 248 son demócratas y 187 son republicanos. Los dos tercios de la mayoría absoluta serían 296; tendrían, por consiguiente, los demócratas que aumentar su número actual en 47. El Senado está compuesto hasta este momento por 58 demócratas y 42 republicanos; los demócratas necesitarían ganar nueve escaños

## Elecciones 1974 de Senadores, Representantes y Gobernadores



COPYRIGHT 1974 CONGRESSIONAL QUARTERLY

Chapman





para la mayoría absoluta. Pero de los 34 puestos que se renuevan ahora, 20 son demócratas, y 14, republicanos; por lo tanto, el resultado para esa mayoría absoluta habría de ser de 29 por 5, lo que parece lejos de lo posible en estos momentos. El reparto de gobernadores es en la actualidad de 32 demócratas por 18 republicanos; salen a elección 23 ejercidos por demócratas, y 12 elegidos por republicanos. En el caso de los gobernadores no se trata de problemas de mayoría absoluta, puesto que no forman un cuerpo ni toman decisiones colectivas. Su importancia se calcula más con relación a las elecciones presidenciales de 1976. No solamente porque un gobernador pueda influir en el modo de votar que tenga su Estado, en favor de su propio partido —lo cual es un hecho—, sino porque esta elección prefigura más o menos lo que pueda ser la otra (aunque la variación continua de acontecimientos ejerza su influjo). Las elecciones presidenciales se hacen por compromisarios de los Estados (elegidos a su vez por votación popular, por sufragio universal); por ello, cuando se conocen los resultados de la votación popular se sabe ya, antes de que actúen los compromisarios, quien va a ser el Presidente, y el número de estos compromisarios está en relación con el número de habitantes de cada Estado. Por tanto, los Estados más poblados, más grandes en habitantes, tienen mayor peso en las elecciones presidenciales. Se considera que sólo diez Estados grandes deciden las elecciones presidenciales. De estos diez, siete votan sus gobernadores el próximo martes, y se dice que estos siete disponen por ellos mismos del 70 por 100 de los votos electorales para la Presidencia. Cuatro de ellos son actualmente republicanos: los gobernadores de California, Nueva York,

Michigan y Massachusetts. Los otros tres, Pensilvania, Ohio y Florida, tienen gobernadores demócratas. El objetivo primordial del partido demócrata en las elecciones de gobernadores es, por consiguiente, ganar estos cuatro Estados (sin perder los que tienen). Sin embargo, el problema principal está en que los ciudadanos no suelen elegir a sus gobernadores, teniendo en cuenta esa ulterior jugada de la política nacional, sino los problemas actuales e inmediatos del Estado: la ley y el orden, la corrupción administrativa, el paro obrero, la industrialización, la relación de sueldos con precios, la construcción de viviendas, los impuestos no federales... En este sentido podría calcularse que los actuales gobernadores, desgastados por el poder, sobre todo en unas circunstancias difíciles, tendrán bastante trabajo en ser reelegidos. En virtud del número de puestos que salen a elección, esta tendencia a renovar figuras perjudicaría a los demócratas (aunque no todos sus candidatos son gobernadores actuales que se presentan a reelección, sino que también hay figuras nuevas) y también les perjudicaría una simple especulación matemática: son proporcionalmente más los puestos de gobernadores que salen a elección (con respecto a la totalidad) que los demócratas. Si los demócratas obtienen dos o tres puestos más de los que dominan ahora, aunque no sean de los grandes Estados, su victoria podrá considerarse importante. Si consiguen uno o dos de los Estados importantes que ahora son republicanos, sin perder ninguno de los suyos (o perdiendo solamente alguno menor), sus perspectivas para las elecciones de 1976 (presidenciales), pueden considerarse excelentes. Si en cada uno de estos siete Estados clave los senadores elegidos son del mismo partido que el go-

bernador, y lógicamente la mayoría de representantes elegidos tiene ese color, puede ya predecirse cuál va a ser el voto de ese Estado. Las cosas, sin embargo, no suelen ser tan simples ni tan fáciles.

El 94 Congreso de los Estados Unidos que se elija el próximo martes —los Congresos se consideran nuevos, y se numeran cada dos años— comenzará a actuar en enero —con el año cronológico—, y el Presidente Ford tendrá que entenderse con él durante los dos años de su mandato. Todas las posibilidades actuales, sin necesidad de acudir a encuestas de tipo Gallup, sino simplemente por los cálculos de los factores antes expresados, indican que el republicano Ford se va a encontrar con un Congreso fuertemente demócrata, más demócrata todavía que el que tuvo que soportar Nixon en sus dos mandatos anteriores. Probablemente no será el Congreso «a prueba de vetos» que pretendía el partido demócrata (es decir, con los dos tercios de mayoría capaces de pasar por encima de los vetos presidenciales) para luchar contra los abusos presidenciales de Nixon, pero sí con la mayoría demócrata suficiente para dominar comisiones y comités, puestos clave en los asuntos legislativos; con capacidad para legislar por encima del Presidente en algunos temas. Incluso puede ocurrir que el partido republicano sufra unas pérdidas muy considerables, y que el 94 Congreso sea para ellos el peor de su Historia.

Estos posibles progresos demócratas no están determinados solamente por el desprestigio republicano de los últimos años de Nixon (Watergate), sino por cuestiones de consideración inminente. El principal tema de la política nacional, según los observadores, es la inflación: según cifras publicadas por el «Post», de Wash-

ington (obtenidas a fines de agosto), el 22 por 100 del país cree que los demócratas están más capacitados para aplicar medidas oportunas (aun teniendo en cuenta que la inflación se considera como un problema mundial, y no propio de los Estados Unidos) el 19 por 100 optaban por los republicanos y el 56 por 100 encontraban que cualquiera de los dos partidos tenía las mismas posibilidades de resolver o no resolver la cuestión de la inflación. Sin embargo, el «reparto de la pobreza» parece favorecer más al partido demócrata. Según como se administre la inflación, las consecuencias de ésta pueden repercutir más en los «ricos» o en los «pobres», y al parecer, los pobres consideran que los demócratas están en mejor situación para favorecerles que los republicanos... La actual tasa de desempleo (5,3 por 100 de paro) favorece en esta ocasión a los demócratas. Sobre todo, porque el poder, en los últimos seis años, ha sido republicano (el poder presidencial, se entiende), y bajo ese poder se ha podido producir la inflación, la escasez, el paro obrero...

La política exterior influye poco en estas elecciones. Los demócratas suelen presentar la política exterior actual —la línea Kissinger— como parte de su propio programa y de su propio esfuerzo: la habría ya lanzado Kennedy, habría sido sostenida en el Senado por Fullbright (que deja de ser senador en este Congreso: su partido no le ha designado como candidato, después de treinta años de ejercicio en el Senado) como Presidente del Comité de Asuntos Exteriores. La política de coexistencia y apertura sería, por tanto, un tema demócrata (como la retirada de Vietnam) que los republicanos habrían imitado: su opción en este terreno es la de que ellos, por consiguiente, están mejor preparados para llevarla a cabo, sobre todo si se tiene en cuenta el actual entredicho de Kissinger y la incógnita que representa, todavía, el Presidente Ford.

Cuentan también, y en gran medida, la popularidad de los candidatos (por ejemplo, el astronauta Glenn Ford, que se presenta como candidato demócrata por Ohio), las cuestiones locales, las capacidades de presión de los grupos de poder en las circunscripciones, los intereses de cada Estado... Todas ellas son imposibles de tener en cuenta en un pronóstico general. El único posible, a unos días de las elecciones, es el de que el Congreso y los gobernadores de los Estados Unidos van a seguir teniendo una mayoría demócrata frente a un Presidente republicano. ■